

Prólogo

Raquel F. Cobo

La escena permanece intacta en mi memoria, tan clara como aquel primer día de clase: Vicente, puntual, entra en el aula, con delicadeza ritual se sienta en la mesa rectangular, situándose en el lado izquierdo, presidiendo pero sin imponerse, con la puerta a su espalda y, frente a nosotros, sin saberlo todavía, el mundo entero. A su alrededor, los compañeros del taller de Narrativa lo reciben con amistad, porque ese era el lazo que tejíamos con la literatura, semana tras semana. Llega su turno. Vicente abre el cuaderno con un gesto pausado y comienza a leer. Su tono es suave, su voz, a veces entrecortada, avanza con una cadencia íntima, acariciando cada palabra. No importa tanto la trama de aquel primer relato —hoy se me escapa el recuerdo de lo que narraba—; lo que permanece es otra cosa: la emoción de la lectura, la escucha atenta y la forma en que ese primer texto de Vicente se convirtió, para mí, en la certeza de que aquellas clases de Narrativa de la Universidad de Mayores, impartidas durante los cursos 2018 y 2019, serían mucho más que un aprendizaje literario.

Tuve la fortuna de compartir con Vicente Pinillos un tiempo y un espacio en el que todos los asistentes éramos narradores potenciales: cada uno compartía un fragmento de su vida, una invención o un recuerdo, muchas veces en función de la tarea creativa que yo misma había propuesto la semana anterior. Contar y escuchar era una experiencia común, pero Vicente poseía una cualidad singular: sabía transmitir la emoción del encuentro humano; de las relaciones familiares, de las amistades juveniles y del amor. La calidad de la narración depende siempre de esa implicación, de esa capacidad que tiene el narrador de hacer partícipe al otro. Y Vicente poseía ese don.

La narración es una práctica universal, una de las más estables de la vida social. Desde siempre se han contado historias y se seguirán contando, porque narrar es una forma de comprender el mundo y —como lo fue especialmente para nosotros— intercambiar experiencias y pasiones. El escritor argentino Ricardo Piglia lo expresó con claridad: «se narra para viajar, se viaja para vivir». El viaje es una de las estructuras centrales del relato: alguien abandona lo cotidiano, se desplaza hacia lo desconocido y, al regresar, cuenta lo que ha visto, con quién ha hablado, lo que ha aprendido. El desplazamiento abre una distancia, y en esa distancia nace el relato. Viajar es convertir la experiencia

en historia, dar forma a lo que se ha visto y vivido, prolongarlo en palabras. El viaje no concluye al llegar al destino, sino al ser contado. Por ese motivo, narrar es, en cierto modo, regresar. *Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950*, de Vicente Pinillos se sitúa en esa tradición.

Me alivia creer que Vicente conocía muy bien toda esta teoría pigliana —o, al menos la intuía— cuando llegó a estas tierras con ese cometido. Curioso por naturaleza, de alma juvenil e inquieta, dedicó los últimos años de su vida a escribir, pintar y, en general, a aprender de todo lo que lo rodeaba. El libro que hoy tienen entre sus manos es el resultado de años de escritura, investigación y reflexión literaria. Publicado por primera vez en 2017, regresa ahora, ocho años después, gracias a la Editorial de la Universidad de Almería, con una doble finalidad: por un lado, rendir homenaje a la labor de Vicente Pinillos como alumno ejemplar de la Universidad de Mayores, reconociendo su compromiso intelectual y humano durante los años de formación; y por otro, ofrecer esta obra a nuevos lectores, quienes encontrarán en sus páginas un verdadero archivo de relatos que, al entrelazarse, van construyendo memoria colectiva en la encrucijada entre la ficción, el testimonio personal y la historia. Por eso resulta tan evocador imaginar al joven Vicente recorriendo la provincia con la voluntad de escribirla, mientras Almería —con su geografía extrema y su gente laboriosa— se le entrega como materia inagotable de imaginación y de palabra.

Los protagonistas de su obra, Roberto y Pedro, no solo viajan: narran, investigan, reconstruyen las huellas de un territorio y de un tiempo que ya no existen, y al hacerlo nos devuelven una realidad que dice mucho más sobre el pasado histórico que muchos informes, estadísticas o estudios científicos. A través de sus andanzas, logra levantar un retrato polifónico de la Almería de mediados del siglo XX, en el que la descripción de paisajes, costumbres y personajes rebasa lo anecdótico para convertirse en un documento literario. Su riqueza estilística, la amplitud de su mundo narrativo y la hondura humana de sus personajes convierten la lectura en una experiencia absorbente.

Desde el título, Vicente nos coloca en un escenario preciso. En los años 50, Almería era una tierra dura y desconocida, apartada de las rutas principales, ignorada por muchos españoles que apenas sabían situarla en el mapa y, sin embargo, cargada de un magnetismo secreto. Era la gran desconocida, la que despertaba en el viajero la fascinación de lo oculto, la llamada de lo que aún no había sido contado. Y es ahí donde, a mi parecer, radica el valor literario del libro. Si narrador, etimológicamente, significa «el que sabe»; «aquel que

conoce», Vicente asume un doble papel: el que conoce porque estuvo allí, recorriendo lugares y gentes, pero también el que conoce porque intuye y adivina, porque es capaz de hacer revivir lo perdido a través de la palabra escrita. Frente al turista moderno, que viaja con la cámara o el móvil para retener instantes del presente, el escritor viaja con las palabras, reconstruyendo lo que ha desaparecido; las huellas de un mundo que, desde su presente, está ausente. El autor, como el adivino, narra siempre lo que falta.

Desde un punto de vista temático, la novela articula un doble movimiento: la búsqueda de raíces y la exploración del destino. Pedro encuentra el amor en Rodalquilar, Roberto busca recomponer el suyo perdido en Madrid; ambos representan el tránsito vital de quienes, a través del viaje, se confrontan con lo que desean, lo que han dejado atrás y lo que nunca podrán recuperar. Los protagonistas funcionan de este modo como guías en un itinerario que es tanto físico como emocional. En este sentido, la obra dialoga con la tradición de la novela de viajes como metáfora de transformación personal.

Sin embargo, aunque su título pueda sugerir un relato de viajes convencional, lo que el lector encuentra es un fresco literario complejo, que combina la novela de aprendizaje, la memoria cultural y el testimonio etnográfico. El narrador, como el viajero asombrado, nos narra una provincia de contrastes: la aridez del desierto de Tabernas, único en Europa, frente a las vegas fértiles cultivadas con paciencia; la costa volcánica de Cabo de Gata, con sus calas recónditas y su aire de leyenda, junto a las minas de Rodalquilar o los campos de esparto. En aquella Almería de 1950 la vida se sostenía con esfuerzo. La agricultura era de subsistencia, centrada en cereales, vid y olivo, y en el esparto, cuya recolección y manufactura marcaron la economía de esos años. La minería, que en otros tiempos dio oro y plomo, sobrevivía en Rodalquilar y Macael, donde el mármol se arrancaba de la tierra con fatiga. Y en la costa, pueblos como Carboneras, Adra o Garrucha vivían del mar, hombres y mujeres entregados a la pesca diaria, a la incertidumbre de lo que las redes devolvieran. Allí convivían campesinos, pescadores, mineros, buhoneros, lavanderas, caciques y feriantes, mujeres que trabajan dentro y fuera del hogar, y un sinfín de figuras que componen el latido del tiempo. Uno de los méritos más notables del libro es, precisamente, el repertorio humano que desfila por sus páginas. Todos esos personajes aparecen con un grado de detalle que los distancia del estereotipo y los sitúa en una dimensión viva.

Con ello, Vicente Pinillos nos muestra cómo el territorio moldea también el carácter humano. En medio de la dureza, los almerienses desplegaban so-

lidad e ingenio. Era un pueblo acostumbrado a reinventarse, a emigrar cuando las circunstancias lo exigían, pero también a conservar la memoria de sus costumbres: ferias de ganado, las artes de la pesca, corridas con merienda incluida, rituales de noviazgo, cantos y leyendas transmitidos en plazas y tabernas, los mercados... Todo queda retratado con cuidado y respeto y, como si lo cotidiano se entrelazara con lo mítico, cada paraje en la obra de Vicente guarda un relato extraordinario: el eco de un pirata enamorado en Rodalquilar, un cura rebelde en Carboneras, una matanza en Vera, un milagro en Los Filabres. Cada relato enriquece el viaje y multiplica las capas de lectura, hasta convertir el libro en un vasto mosaico coral donde lo íntimo y lo colectivo se entrelazan. La naturaleza descriptiva de la obra recuerda así a las grandes novelas realistas del siglo XIX.

En cuanto al estilo de su prosa, combina una cadencia poética —capaz de iluminar los paisajes o dotar de lirismo a lo cotidiano— con una fidelidad al habla popular de los personajes que aporta verosimilitud y color local. Esa dualidad entre lo elevado y lo coloquial refuerza la intención del autor de transmitir una Almería auténtica y heterogénea. El resultado es una narración que atrapa al lector por la riqueza de registros y lo conduce con naturalidad de una escena a otra, siguiendo incesante la cartografía de la novela. En medio de esa variedad, surge también la mirada del madrileño que fue, evocando su infancia y juventud en la capital, y recordándonos que toda memoria es, en el fondo, un puente entre espacios y tiempos diversos.

En definitiva, en su escritura se unen el viaje y la investigación: dos formas esenciales de narrar, anteriores incluso a los géneros literarios. Por eso, este libro no es una simple novela de viajes, ni siquiera la evocación de un territorio y una época; sino una investigación sobre la memoria de un pueblo, su cultura y sus modos de vivir, pasada por el tamiz de la literatura.

Vicente quiso reconocer en las páginas preliminares la ayuda de su amigo y compañero Ángel Sánchez Ballesteros, cuya generosa colaboración fue decisiva en la corrección y revisión de la obra. Ello pone de relieve el carácter colectivo y dialogante que Vicente imprimía a su escritura, entendida como un intercambio de saberes y afectos.

Dedicó, además, este libro a la provincia de Almería y a los almerienses, a quienes veía como ejemplo de resiliencia y capacidad de transformación. En sus propias palabras, este libro constituye una forma de agradecimiento a todo lo que él mismo recibió de esa tierra y de las gentes que la poblaron desde que

llegó en el año 1973. Con este gesto, su novela se convierte en un homenaje a una tierra que le brindó inspiración. Hoy nos corresponde devolverle a Vicente ese cariño y reconocimiento. La publicación de esta novela es, en sí misma, un acto de gratitud: un modo de mantener viva su voz entre nosotros. La Universidad de Almería puede sentirse orgullosa de conservar en su biblioteca la obra de Vicente Pinillos, el testimonio de un hombre común o —como él mismo se definió— de un *ciudadano del mundo*.

Tras su fallecimiento en la Navidad de 2024, este libro nos devuelve su visión hospitalaria de la vida; una mirada en la que lo inhóspito de la tierra se equilibraba con la calidez de sus habitantes. Al leerlo, quienes lo conocimos podemos escuchar de nuevo su entusiasmo por el saber —no un saber anquilosado y libresco, sino el saber dinámico y vivo que producen incesantes las voces del pueblo—; quienes se acerquen por primera vez descubrirán a un autor capaz de unir, con extraordinario detalle, memoria y territorio en una geografía humana entrañable.

*Viajan sin destino por el Levante
de la Almería de 1950*

I

De Almería a Tabernas

Procedían de lugares diferentes, pero con una afición común: viajar. Y esta les había llevado ese verano a la escondida Almería. La gran ignorada por los españoles de mediados del siglo XX ejercía sobre ellos la misteriosa fascinación de lo desconocido. Aventureros impenitentes, el azar los había unido y la casualidad había hecho que se encontraran en la ciudad.

Se habían visto varias veces en el parque y coincidido en el asueto que se concedían a la sombra de los viejos árboles que allí moraban, intercambiando impresiones e información sobre la ciudad y, como trotamundos que eran, decidieron unir sus pasos para descubrir la provincia.

En sus conversaciones, los viajeros se la habían imaginado como una apacible región meridional engalanada con lozanos encantos, pero, como comprobaron más tarde, nada más lejos de la realidad. En aquel año de 1950 parecía abrumada por el peso de su extensa historia. Cansada de vivir. Era, en su mayor parte, áspera y nostálgica, de montes escabrosos con alguna llanura desprovista de árboles, de un silencio y soledad indescriptibles y con un paisaje muy parecido al del país que acababan de abandonar: Marruecos.

Después de dos días en la ciudad, animosos, emprendieron el camino hacia el levante de la región disponiéndose a recorrerla; para ello tenían todo el tiempo del mundo. Dejaron la ciudad y, con un macuto a la espalda como único equipaje, atravesaron cortijadas con zonas cultivadas de hortalizas, parrales y naranjales a ambos lados de un río. Habían tenido suerte, poco antes, una camioneta que volvía de acarrear frutos al mercado los había llevado a la otra parte del Andarax, que era como se llamaba el río. Luego habían caminado largo trecho hasta que, extenuados, llegaron a un cortijo donde los ladridos de un perro, que al parecer hacía tiempo los observaba, les dio la bienvenida cerrándoles el camino. Estaban asustados. Ante los exaltados gruñidos del can apareció el propietario quien, tras observar a los visitantes, calmó al furioso animal. El labriego era un hombre corpulento de considerable altura, avejentado por los rayos solares, los años y las labores de la tierra. Vestía un pantalón de pana con dos grandes remiendos en las rodillas y una camisa a rayas muy

zurcida y abrochada hasta el cuello. Sus pies, agrietados, estaban calzados por unas esparteñas construidas de forma rudimentaria. Después de escuchar su petición de asilo, el lugareño dio albergue a los jóvenes y estos pudieron pasar la noche en un cobertizo, rodeados de aperos de labranza. Tuvieron suerte de que el hombre les diera cobijo, se hacía de noche y se habían alejado varios kilómetros del último villorrio, un pueblo llamado Rioja.

Al día siguiente se levantaron temprano. Alboreaba. El propietario del cortijo, junto a un techado de cañas, fumaba con deleite su pipa después de haber aparejado los mulos para el inicio de la faena. En el ambiente, ni un soplo de aire. La tierra se iba despertando lentamente, olía a pámpanos y tierra mojada. El relente nocturno había dado a aquella tierra el frescor necesario para soportar el calor del día siguiente. En aquellos lugares el frescor de la noche era vital, los días de verano, en particular de agosto, estaban henchidos de un bochorno alucinante. Tras agradecer la hospitalidad recibida, los viajeros continuaron su camino. En su trayecto, atravesaban amplios terrenos yermos con escasos cultivos, quedando impresionados de la fiereza y fuerza de la tierra. Peñones y retamas, colinas grises de esparto y de albardines requemados por el sol era lo que sus ojos contemplaban. El paisaje no era ilusionante, pero la aridez que veían no les impediría conocer esta desconocida y misteriosa provincia tan poco mencionada en el resto de España; para ello se habían provisto de buen humor y de una clara predisposición a pasárselo bien. Acababan de empezar el viaje y este prometía aventura y diversión. Pero, como suele ocurrir, las cosas no siempre salen como se planean.

Caminaban sin prisas, rodeados por un paisaje sin igual y solitario que contemplaban con asombro, cuando, rompiendo ese aislamiento que los acompañaba, se encontraron con dos labriegos que retornaban de la faena y hablaban en voz alta con otro individuo. Decían haber terminado de acarrear la mies y volvían al cortijo al paso lento de los mulos. Se hallaban en el borde de un bancale que lindaba con la rambla, una de las muchas que se adivinaban en aquel singular paisaje —más tarde sabrían que aquel jeroglífico de cauces secos eran las ramblas del desierto de Tabernas—. En medio de la citada rambla se hallaba detenido un pastor con su rebaño de cabras y su perro. Los labradores, uno joven y otro mayor, vestían ropa ajada de faena. El pastor era un hombre de mediana edad, barbudo, vestido con un pantalón y una chaqueta llenos de remiendos. Se tocaba con una boina mugrienta y calzaba unas abarcas capaces de destrozar los pies más resistentes; olía a macho cabrío a muchos metros de distancia. El grupo, sorprendido, expectante y receloso ante la nada habitual

presencia de forasteros, y menos en aquella parte de la región, vio acercarse a los viajeros y lacónicamente respondieron a la información demandada.

Los jóvenes, tras conocer que el pueblo más próximo era Tabernas y el tiempo que, aproximadamente, tardarían en llegar, continuaron su camino, deseosos de abandonar aquel desierto lunar almeriense donde, de vez en cuando, hasta los alacranes, seguramente, quedaban muertos de calor en los cráteres que la tierra había formado. Soplaban, insistente, el poniente. Hacía bochorno. Seguramente, en aquel entorno, el paisaje sería el de siempre: páramos yermos, desolados. Nada habría cambiado. Porque el tiempo, ese enemigo temible de los humanos, resbala incansablemente sobre la naturaleza y apenas consigue cambiar su faz impasible.

En su continuo caminar, admirando aquel panorama único, hubo un momento en que los jóvenes se sintieron perdidos, cuando ante ellos se presentó el dilema de elegir qué dirección tomar. Frente a ellos, en una bifurcación, dos ramblas les ofrecían su sendero, pero ambas ofrecían el mismo interrogante: no saber adónde conducirían. Después de alguna duda decidieron tomar el de la izquierda, un camino paralelo a la rambla por la que habían venido. El paisaje era más de lo mismo, un terreno montañoso casi desprovisto de vegetación, con el sol como sempiterno acompañante y algunas aves revoloteando sobre sus cabezas: grajillas, jilgueros y cernícalos. Moscas y otros insectos zumbaban alrededor con un sonido monótono. Pero cuando estaban dando muestras de aburrimiento, con sorpresa vieron, tras un recodo de la rambla, una agrupación de palmeras que por el formato parecía un oasis: se trataba del paraje del Cautivo, como posteriormente supieron. Los jóvenes aventureros se frotaron los ojos ante el lugar que los había sacado del tedio. Estaban maravillados ante aquella imagen que no esperaban y comentaron entre ellos que lo que veían se parecía bastante a los escenarios contemplados en las películas ambientadas en el desierto africano.

Ya más animados, aunque extenuados, descansaron a la sombra que ofrecía el palmeral, degustando galletas y frutos secos que llevaban en el morral. Una vez repuestas las fuerzas continuaron su marcha impresionados por el incalculable valor geológico que, suponían, tenía aquello que contemplaban sus ojos: un relieve desconcertante a la vez que imponente y bello y absolutamente desconocido para la mayoría de los mortales. El paisaje había cambiado: aunque en el horizonte la montaña y su alrededor eran igual, ahora caminaban rodeados de abundante vegetación y no se sorprendieron cuando en su caminar llegaron a un pequeño bosque de eucaliptos. Al cruzar el bos-

quecillo, un camino ascendente en aquel laberinto los condujo en dirección a la rambla inicial. La fatiga volvió a hacerse sentir. Ascendieron por un ramblizo que llamaban Arroyo Verdelecho, como luego les hicieron saber, y quedaron encajados entre dos elevadas paredes de roca donde los estratos estaban perfectamente definidos. Era un tramo espectacular. Tras dejar atrás un par de meandros encajados, llegaron a un cruce que los devolvió de nuevo a la rambla originaria, a la rambla de Tabernas.

Llevaban muchas horas de camino y todo el día soportando moscas, ruidos de chicharras, picaduras de mosquitos y el implacable sol. Dolían los ojos a fuerza de tanta luz y de la blancura de la misma. Pasaban las horas y el dios sol continuaba martirizando la tierra con sus dardos de lumbre. En aquella tierra este astro no se cansaba de caldearla. A los campesinos con los que habían hablado al filo del mediodía no parecía molestarles aquel ardoroso sol. Era su sol, de su tierra, el que les había curtido desde niños.

Caminaban por el cauce seco de un río. Los viajeros sentían una sed espantosa que enturbiaba sus ideas. Ya no tenían agua, habían terminado la que llevaban en sus cantimploras. La sed se acrecentaba con el polvo que levantaba el viento de poniente que había aparecido al mediodía. Llevaban una bota con vino, pero este daba más sed. En la rambla sus pies se hundían en la arena calcinada. Buscaron la orilla donde el terreno estaba más duro. Caminaron y al fin vieron seres humanos. Unos hombres segaban en un bancal al otro lado. Tras ellos, hincadas de rodillas en el rastrojo, dos mujeres espigaban. A gritos se hicieron escuchar y preguntaron si estaba lejos el pueblo, y del mismo modo les indicaron que no. Tras una corta caminata, al fin divisaron la villa y las ruinas de un castillo que, en lo alto del monte, inmutable, parecía vigilar todo lo que ocurría, lo bueno y malo de la zona. Mientras lo dejaban atrás, uno de los jóvenes, el más versado en esa parte de la Historia, le comentaba al otro que allí, en aquella fortaleza, durante la Guerra de Granada, el Zagal, tío de Boabdil, había hecho entrega de la ciudad de Almería a los Reyes Católicos.

El resto del recorrido hasta el pueblo lo hicieron a tiempo, porque una tímida oscuridad en la altura anunciaba la llegada de la noche. Todo parecía inmerso en una calma absoluta que se trocó cuando llegaron a la plaza. El cielo, ya, era negro. Aquella noche no había mucha animación. La mayor parte de los mozos, los que no tenían novia, estaban jugando al dominó en la taberna. Algunos viejos sentados en el poyo que orillaba el pilón, al otro extremo de la plaza, fumaban sus cigarros y contaban verdades y mentiras sobre los tiempos,

pasados ya, de su juventud. Eran ancianos gastados por la vida y el sol, por el trabajo y la escasez de proteínas.

Implacable, seguía soplando el poniente. Hacía bochorno. Diez o doce chiquillos jugaban al fútbol con una pelota de trapo debajo de dos grandes palmeras. Estos dos árboles, frondosos y gigantescos, más altos que la torre de la iglesia, al decir de muchos, constituían el único encanto del pueblo.

En otro lado de la plaza algunos hombres hablaban del tiempo, de la sequía. Si continuaba sin llover se perdería la cosecha. Además, la fuente se había secado. Aquello era el colmo. Tendrían que hacer rogativas como en años anteriores. Los hombres hablaban y hablaban, soñando agua. La lumbre de sus cigarros, como inquietas luciérnagas, trazaba dibujos luminosos en las sombras.

Los dos jóvenes viajeros, sedientos y cansados, se acercaron al grupo y preguntaron si había un lugar donde poder dormir. Les indicaron que, a las afueras del pueblo, una viuda, la Paca, alquilaba habitaciones. Como muestra de agradecimiento los jóvenes sacaron la bota y una petaca que hicieron correr de mano en mano mientras ellos bebían agua fresca de un botijo de barro rojo que el grupo, como adorándolo, tenía. La noche era rica en estrellas. El poniente había amainado y dejado paso a una brisa que venía de las montañas con olor a tomillo.

A la señora Paca, mujer de indescifrable edad, la encontraron sentada a la puerta de la casa, una vivienda pegada a la montaña con una parra en el frontal que protegía la entrada, durante el día, de los rigores del sol. Al llegar los jóvenes, y tras conocer lo que buscaban, se levantó de la silla forrada de esparto en la que sentada disfrutaba del frescor de la noche y, en silencio, les indicó la entrada de la vivienda. El interior de la casa estaba a oscuras, frotó una cerilla y encendió la lámpara de petróleo que había sobre la mesa del aposento. La luz mostró a los ojos una pieza amueblada sin lujo. En la mesa, junto a la lámpara, había un ramo de flores en un jarrón de vidrio. Media docena de sillas con asientos de enea, una cantarera, con dos cántaros, adosada al muro en uno de los ángulos y una butaca con la tela remendada completaban el humilde mobiliario. De las paredes colgaban cuadros descoloridos representando frutas o escenas de cacería y en el vasar de la chimenea veíase una hilera de platos, tazas de colores y una fotografía de un niño con traje de primera comunión. En la pared del fondo había una puerta que debía comunicar con un dormitorio. Las habitaciones habían sido picadas en las duras entrañas del

cerro y blanqueadas luego con cal. Bajo la delgada capa de pintura se notaban las cicatrices dejadas por el pico en la tierra del promontorio. Las paredes, sin un solo desconchón, estaban recién encaladas.

Efectivamente, la puerta del fondo daba acceso a una pequeña alcoba con una vieja cama adosada a una de las paredes. En un rincón, una jofaina; en otra de las paredes excavadas en la montaña, un pedazo de tabla clavada de la que sobresalían tres ganchos que querían ser perchas; un taburete de tres patas, cubierto por una sencilla tela de cretona que hacía de mesilla, sobre el que descansaba un pequeño búcaro con unas flores secas, y un candil en la pared era todo el mobiliario de la estancia.

La señora Paca era una mujer de mediana estatura, metida en carnes. Todo en ella era redondo, desde su cara a sus caderas, pasando por sus pechos grandes y caídos. Tenía el pelo negro recogido atrás por un gran moño y una flor prendida en el pelo como signo de femineidad. Vestía una ajada bata de tela negra y sobre la misma un delantal del mismo color. Ella, muy en su papel de propietaria, rompió su silencio para indicarles que esa era la habitación para dormir, que el importe del alquiler era de ocho reales y que cobraba por adelantado. Los jóvenes, muy agotados, no pusieron ninguna objeción al precio, pagaron la cantidad solicitada y se aprestaron a relajarse de las incidencias de la jornada. No era lo que les habría gustado, pero no había otra cosa y se dispusieron a descansar, el cuerpo les pedía reposo. La ausencia de ruidos incitaba al sosiego.

En la calle todo parece obedecer esa orden callada e imperativa que impone el silencio. Pero, sin embargo, hay decenas de gentes detrás de otras paredes que duermen, que velan, que sufren. En ese silencio infinito de la noche la vida está agazapada, temblorosamente escondida, dispuesta para repartir suertes.

Cuando despertaron, un olor a comida hizo que se dispusieran a levantarse. Era muy temprano. La claridad que venía del exterior era muy escasa. Encendieron el candil y la luz amarillenta iluminó la habitación con oscilantes e intermitentes ondulaciones que huían convertidas en sombras buscando rincones. Los jóvenes salieron y se lavaron en la acequia que pasaba por delante de la casa. Después de asearse se sintieron mejor, más ágiles y sin vestigio de cansancio. A pesar del calor, el agua estaba fresca, aunque se notaba el gusto a salitre y a raíces de grama. En el campo, ni un soplo de aire. Por su inmovilidad los árboles parecían petrificados. La señora Paca, en el hogar de la chimenea, sobre una sartén, acababa de freír dos trozos de longaniza. Los

retiró poniéndolos en un plato de barro, luego vertió agua sobre el aceite. Un fogonazo de llamas inundó la habitación. Después, varios puñados de harina de maíz y un poco de sal hicieron un mazacote en el recipiente que, a continuación, la mujer desmenuzó con la rasera. Varios minutos después, las migas estaban a punto de ser degustadas por los forasteros, quienes no conocían esa pitanza; pero el olor del guiso y su apetito los invitaron a degustarla a pesar de ser muy temprano y no estar acostumbrados a ese desayuno. Antes de llevarse a la boca la primera cucharada, los jóvenes se miraron dudosos, en silencio sus ojos se interrogaban, hasta que con un movimiento de cabeza, en un acto cómplice y afirmativo, empezaron a comer. Efectivamente, aquel plato era un alimento demasiado fuerte para estómagos no habituados, bien diferentes de los de los trabajadores de la tierra en Almería, que acostumbraban a comerlas casi diariamente, sobre todo por las mañanas y al mediodía. Preparados o no, los jóvenes tenían hambre y comieron con apetito voraz aquella sartenada de migas que les supo a gloria bendita.

Después de alabar la elaboración del festín mañanero y agradecer a la señora Paca la atención del agasajo y el pedazo de hogaza con tocino que les había dado para el viaje, decidieron continuar su camino. No iban a ninguna parte. Caminaban lentamente carretera adelante disfrutando de la mañana. Les habían dicho que era dirección a Murcia, pero ellos iban sin rumbo determinado. Iban en silencio escuchando a la naturaleza, mientras, las avecillas volaban sobre ellos gozando de su libertad.